donde ellos se entendían para hacer memoria de lo que habían de tomar de coro. Y lo mismo usaban algunos que no confiaban de su memoria en las confesiones, para acordarse de sus pecados, llevándolos pintados con sus caracteres (como los que de nosotros se confiesan por escrito), que era cosa de ver; y para alabar a Dios las invenciones que para efecto de las cosas de su salvación buscaban y usaban, que finalmente argüía cuidado y diligencia en lo que tocaba a su cristiandad, y no podía dejar de dar contento a sus ministros eclesiásticos todo esto; porque las cosas que el corazón apetece o las manifiesta la lengua sí consiste en palabras, o las ejecutan las manos si consiste en obras.

Todo esto que hemos dicho fue a los principios de su conversión, que después, como todos los domingos y fiestas de guardar, antes del sermón y de la misa se les dice (y ha dicho siempre) dos o tres veces la doctrina, estando todo el pueblo junto en el patio de la iglesia, harto descuido y torpeza será de el que con tanta continuación y frecuencia no la tomare de coro. Y para las confesiones no han menester ya aquellos sus caracteres antiguos, porque ya saben leer y escribir en su lengua, y muchos en la nuestra con tan buena ortografía y distinción de letras como nosotros, y todo el año hay escuela de niños y muchachos donde aprenden estas cosas; y las niñas y mozas en los patios rezan la doctrina todos los días, desde las ocho de la mañana, y antes, hasta las diez, poco más o menos que se van a sus casas a ayudar a sus madres en las cosas caseras que se ofrecen. Y para haberse de casar, mozos y viejos, dicen primero la doctrina, y no se casan hasta que la saben toda (como en otra parte decimos) y por maravilla hay quien no la sepa toda y aun muchas más cosas de devoción que nuestros españoles o castellanos nunca han sabido en algunos pueblos de nuestra España.

CAPÍTULO XXXVII. *Del ejemplo con que estos siervos de Dios edificaban a los indios, y del amor y afición grande que por esto los mismos indios les tuvieron*

ANTES QUE NOS METAMOS EN LA MATERIA de la administración de los sacramentos (que habrá de ser un poco larga) será bien decir algo de el ejemplo con que estos siervos de Dios y primeros evangelizadores vivían y trataban entre tanta multitud de infieles, que para su conversión fue una viva predicación, y suplió la falta de milagros que en la primitiva iglesia hubo, y en esta nueva no fueron menester (como decimos en otra parte, tratando esta materia de los milagros de esta conversión) porque según la preordinación divina y conforme a la capacidad de la gente, con lo que decimos acerca de esto, bastó la pureza de vida y santas costumbres, que en aquestos ministros de Dios estos indios conocieron, para creer que verdaderamente eran sus mensajeros y venían de su parte, como venidos

del cielo, para remedio y salvación de sus almas, como ellos se lo habían dicho y dejamos dicho en lo pasado.

El que quiere asentar una razón, conforme a la autoridad de su crédito, procura que todas sus acciones vayan muy medidas y ajustadas a las palabras que dice; porque muy mal se estampa en corazón ajeno, doctrina que sólo se parla y no se obra, y para que obre, como píldora bien confeccionada, ha de ir acompañada con el oro de las buenas razones que la cubran la fuerza y eficacia de las obras que convienen. Esto hizo Cristo señor nuestro viniendo al mundo, que ejemplificó con obras lo que había enseñado por palabras; y echó primero mano de las obras (como se dice en los *Actos de los apóstoles)* que de palabras, enseñando antes a obrar que a decir. De esta manera se mueven los corazones humanos a cualquiera cosa de imitación, y de buena voluntad se animan a abrazar la doctrina de aquellos que se la declaran y enseñan. Por esto decimos que fácilmente se inclinaron estos indios a las cosas que los religiosos les predicaban, y les cobraron grandísimo amor porque veían en todos ellos una grande mortificación de sus cuerpos, andar descalzos y desnudos, con hábitos de grueso sayal, cortos y rotos, dormir en una sola estera, con un palo o manojo de yerbas secas por cabecera, cubiertos con solos sus mantillos viejos sin otra ropa y no tendidos sino arrimados por no dar a su cuerpo tanto descanso. Su comida era tortillas de maíz, chile y cerezas de la tierra, y tunas. Y cuando hacían sus moradas no querían sino que fuesen humildes y bajas, aunque esto no era de tanta edificación para los indios, porque en caso de penitencia, mengua y estrechura en lo temporal y corporal, San Francisco, que viniera de nuevo al mundo, no les hiciera ventaja; pero en respeto de lo que veían usar y buscar a los españoles seglares de abundancia, aderezo y regalo en sus personas, cama y comida, y grandes palacios, bien notaban la diferencia de lo que pretendían los unos y los otros; sobre todo el menosprecio de sí mismos, mansedumbre y humildad, inviolable honestidad no sólo en la obra sino en la vista y palabras, desprecio del oro y de todas las cosas del mundo, paz, amor y caridad entre sí y con todos.

Esto era lo que más estimaban los indios, y les parecían calidades de hombres del cielo más que de la tierra. Veíanles el poco sueño que tomaban, lo mucho que oraban y se diciplinaban, el ferviente deseo que de enseñarles mostraban y lo que en esto de día y de noche trabajaban. Cuando iban camino veíanlos ir cada uno por su parte, rezando muchas veces puestos los brazos en cruz, y otras veces arrodillándose; y cuando llegaban adonde estaban levantadas cruces (que era en muchas partes), postrarse delante dellas, y detenerse allí en oración, si no iban de priesa. Vieron que a algunos dellos se les ofrecían obispados y honras y que no las querían recibir, sino permanecer en su humilde estado. Donde quiera que iban, cuando veían que era hora de vísperas o completas, en el camino se paraban y las rezaban, y lo mismo hacían siendo tiempo para rezar las otras horas. Y demás de ser estos apostólicos varones en todo tiempo y para con todos muy humildes, sobre todo mostraban grandísima mansedumbre y benignidad a los indios. Si algunas culpas de ellos venían a su noticia

procuraban de reprehenderlos y corregirlos en secreto, y en especial a los principales, porque la gente común no les perdiese el respeto y tuviesen en poco. Y con esto y otras cosas semejantes se edificaban tanto los indios, y quedaban tan satisfechos de la vida y doctrina de aquellos pobres frailes menores, que no dudaban de ponerse totalmente en sus manos y regirse por sus saludables amonestaciones y consejos, cobrándoles entrañable amor, mucho más que si fueran sus propios padres y madres, que los hubieran engendrado; tanto que como niños que se crían al pecho de sus madres, que mientras tienen necesidad de leche no pueden sufrir ser de ellas apartados y llevados de otros, por mucho más que hagan y les ruegan y regalan, así al tiempo que venían religiosos y ministros de otro hábito y se iban repartiendo por la tierra y pueblos de ella para ayudarse unos a otros (porque la doctrina se extendiese y fuese más copiosa en todas partes) los que estaban hechos a la crianza y enseñamiento de aquellos hijos, imitadores del humilde San Francisco, no podían llevar en paciencia el apartarse dellos y ser encomendados a otros padres espirituales (cualesquiera que fuesen), como acerca de esto se verán ejemplos harto notables en otra parte de estos libros. El obispo que había sido de Santo Domingo, o Isla Española, don Sebastián Ramírez, verdadero padre y aficionado de estos indios, gobernando esta Nueva España y entendiendo con celo de su bien y provecho de ellos, en la obra de repartir la doctrina y fundar monasterios de las otras órdenes, que a la sazón había, se vio en harto trabajo, acudiendo por momentos los indios a importunarle y pedirle que no les diese a conocer otros padres, ni madres, sino a los frailes de San Francisco que los habían criado; y diciéndoles el buen gobernador y prelado: Advertid, hijos, que estos padres a quien de nuevo os encomendamos, aunque visten ropa de otra color, son de la misma condición y manera que los que os han criado, sacerdotes son, padres espirituales son y ministros de Jesucristo son; la doctrina que los padres franciscos os han enseñado, esa misma os han de enseñar ellos, sin alguna mudanza; como los otros os amaban y volvían por vosotros, así os amarán éstos y os ayudarán. A todas estas razones, que el prudente prelado les decía, respondían que no estaban contentos sus corazones; y preguntándoles el porqué y examinando la causa de su repugnancia, y qué era lo que hallaban más en los unos que en los otros, luego acudían al bordón que siempre han tenido, diciendo: señor, porque los padres de San Francisco andan pobres y descalzos como nosotros, conversan con humildad entre nosotros, ámannos como a hijos, y así es razón que los amemos y busquemos como a verdaderos padres.

En esto que decían no sé si los llevaba más la cobrada afición que la razón, porque en aquel tiempo (fuera de los padres clérigos, que es diferente su manera de vivir y tratarse) todos los religiosos, dominicos y agustinos, tan a pie andaban como los franciscos; y aunque no los pies del todo descalzos a lo menos con solos alpargates, y en lo demás tan rotos y pobres, y sin rentas, y sin alguna diferencia. Yo conocí al arzobispo de Manila, don fray Domingo de Salazar, de la orden del glorioso padre Santo Domingo, y le conversé de vuelta que vino de las Filipinas, yendo a los

reinos de Castilla, a tratar con la majestad del rey don Felipe II, de este nombre que Dios tiene, cosas de su iglesia; el cual, estando en el convento de Tlalnepantla, dos leguas de esta ciudad donde estaba confirmando y yo era morador, le vide una siesta (que iba a visitarle) estar remendando una tuniquilla blanca que se ponía sobre el hábito, y diciéndole yo: ¿señor, pues faltará quién haga esto?, respondió: mi padre, en esto me crié, en esta santa provincia de Santiago, entre mis hermanos y padres santos, cosiendo y remendando nuestra ropilla, andando a pie y descalzos, y con nuestras capas al hombro; porque todos aquellos ministros antiguos, así franciscos, como agustinos y dominicos, no supimos de otra vida ni de otro regalo; y aunque por ser ya tan viejo no puedo en todo, a lo menos en lo que puedo no me olvido de lo que me enseñaron aquellos santos religiosos, y de lo que de ellos aprendí. De manera que a los principios de la fundación de esta nueva iglesia, y aun después muchos años, todos los ministros de ella fueron pobres, descalzos, humildes y que andaban a pie, haciendo vida santa y apostólica, hasta que por la necesidad y variedad de los tiempos les fue forzoso tener rentas y andar a caballo, como a nosotros los franciscos nos ha traído a esto último la obligación que tenemos en la doctrina de estas gentes, para bien administrarles los sacramentos y doctrina cristiana en las partes que están a nuestro cuidado y enseñanza.

CAPÍTULO XXXVIII. *De particulares ejemplos de abstinencia y pobreza de aquellos apostólicos varones*

UES HEMOS HABLADO ALGO EN COMÚN de la mucha pobreza y penitencia de aquellos bienaventurados que fueron nuestro antecesores, con que confirmaron en los corazones de los indios la doctrina del santo evangelio que les predicaban, justo será que para nuestra imitación (pues les sucedimos en la misma obra y tenemos obligación de seguir sus pisadas) traigamos a la memoria algunos ejemplos de los muchos que nos dejaron de su abstinencia y penitencia; en los cuales veremos el espíritu de Dios con que andaban ocupados en las obras de su ministro, y lo poco que regalaban sus cuerpos, a fin y causa de traer endiosadas las almas, aprovechándose de aquel apostólico consejo de San Pablo, que dice: Castigo mi cuerpo y póngolo debajo de dura y áspera servidumbre. A este propósito contaba el padre fray Diego de Almonte (que fue de los segundos que vinieron a esta tierra) que en el adviento, que es el ayuno de obligación que los frailes menores tienen, por mandamiento expreso de regla, por no tener las coles y otras hortalizas que ahora tenemos y nos sobran, hacían cocina de las manzanillas silvestres de la tierra, que dentro están llenas de granillos y son ásperas como nísperos antes que maduren; cosa que apenas con mucha hambre se puede comer. Pues ¿qué aceite o manteca habría en aquel tiempo para guisarlas? A otros de estos religiosos (muchos años